

Antecedentes históricos y sociológicos de la Anexión a España (*)

Por M. A. PEÑA BATLLE

I

No nos es dable extendernos en consideraciones sobre la Anexión de la República Dominicana a España, sin antes determinar las razones de orden social y las circunstancias de filosofía política que produjeron aquel momento en nuestra historia.

Al estudiar detenidamente el origen y las consecuencias de la Anexión a España, es necesario determinar a la luz de un exacto examen de nuestro desarrollo político, las tendencias que caracterizan la vida pública de los directores de aquel movimiento de opinión, comparándolas con las tendencias que en el escenario de nuestros sucesos públicos se manifestaron en pugna con aquellas. En ninguna manifestación pueden estudiarse esas actividades con mayor exactitud que en las luchas de partidos, en las sinceraciones de bando. De ahí que tengamos forzosamente que aprovechar para nuestro estudio, el acopio de revelaciones y la cantera de experiencias que ofrecen a la arquitectónica ordenación de la historia política dominicana, la actividad desplegada por los diversos partidos que han asumido la dirección de nuestros asuntos públicos. En la historia de la República Dominicana, ningún momento, ninguna época ofreció más amplio campo de acción a la iniciativa personal, a la labor individual, a la inspiración de un hombre de aquella época de ensayos y experimentaciones que siguió

a la constitución del nuevo Estado. En esa época decimos, al nacer la República Dominicana, se incubó dolorosamente la cruenta y desesperante evolución que ha sufrido luego y se asentaron sobre bases definitivas los sufrimientos, las transiciones y las caídas que nos han acompañado en todo el curso de nuestra vida social.

A raíz de proclamada la separación de Haití, constituida ya la República Dominicana, tal como la concibiera su ilustre progenitor, varón de virtudes todavía no bien conocidas de sus compatriotas; a raíz de ese suceso trascendental, las aspiraciones torcidas, las ambiciones solapadas, el afán de preponderancia, de los que hasta el momento antes habían estado sirviendo a los intereses haitianos, desataron sus fuerzas invisibles y determinaron para mucho tiempo, la profunda división de tendencias, que, nacida al día siguiente de creada la República, se ha mantenido inalterada hasta nuestros propios días.

Esa es la abrumadora verdad histórica que caracteriza aquella época. Antes de nacer, nos condenamos a morir nosotros mismos; hubo voluntades concentradas en el mal, pensamientos inspirados en el mal, y entonces, dolorosamente venció el mal. Los buenos, los puros, fueron ridiculizados: la frente poseída de Duarte, fué blanco de la rechifla soez, del insulto grosero, de la imputación infame; el brazo potente, la recia musculatura de Santana, ajena al bien como al mal, sostén salvador en un momento, se impuso al país y a sus hombres. Santana se armó contra Duarte, el pensamiento, y lo venció.

Desde el año mil ochocientos treinta y ocho, se había acentuado en el ambiente de la antigua colonia española, una débil aspiración de mejoramiento político, que más tarde, al imponerse definitivamente, favorecería la realización, casi imposible, de la concepción trinitaria.

Esa corriente de progreso social y político se vinculaba estrechamente a los trabajos y preparativos de la revolución, y estaba alentada por la mente y la voluntad de Duarte, el Apóstol, y por los hombres que

(*) Este ensayo se publicó en la revista *El Día Estético*, S. D., No. 2, 1929.

La siguiente carta es una nueva prenda del interés del Lic. Peña Batlle por todo lo relativo al General Santana: "Ciudad Trujillo, 8 de Marzo de 1937.— Señor don Veltio J. Alfau Durán, Higüey.— Muy señor mío: Con sumo interés he leído las notas biográficas del General Pedro Santana que publicó Ud. en el *Listín* de ayer domingo. Como casi todo lo que Ud. escribe sobre historia nacional, estas notas biográficas acusan en Ud. un gran amor por la materia y una vocación decidida hacia ese género de estudios. Yo lo leo siempre con gran delectación.

Para los fines que puedan interesarle le informo de que el testamento del General Santana fué publicado íntegramente por mí en el año 1923 y en el número 4 de la *Revista Claridad* (Santo Domingo, marzo 31 de 1923). El documento es muy interesante y confirma muchos de los datos que Ud. suministra en su trabajo de ayer sin comprobación documental.

En espera de que puedan serle de interés estas informaciones, soy de usted, atentamente, M. A. Peña Batlle". El testamento aludido figura en la obra del Lic. E. Rodríguez Demorizi, *Papeles del General Santana*, Roma, 1952.



al conjuro de ese apostolado se habían entregado a la causa de la libertad.

II

Iniciamos en el año de 1838, con la fundación de la Trinitaria, los trabajos revolucionarios, y concretados el propósito y las aspiraciones de Duarte, en una extensa labor de propaganda separatista, no pudieron, sin embargo, esos trabajos, revestirse de un efectivo carácter de realidad patriótica, hasta el año mil ochocientos cuarenta y tres, época en que, merced al movimiento revolucionario que promovió en Haití el General Charles Hérard en contra del Presidente Boyer, tomaron los trabajos dominicanos gran aliento por la razón de que esta parte española de la isla, fué factor determinante en el éxito de las aspiraciones revolucionarias de occidente.

Ese movimiento a que hacemos referencia conocido en la historia dominicana con el nombre de La Reforma, y que, culminó felizmente, con el grito de Praslin, es el momento inicial de las profundas divisiones de partidos que se manifestaron luego en nuestras luchas políticas. Desde entonces, antes de nacer la República, estaban divididos y rivalizaban lamentablemente nuestros hombres de Estado.

Ahondemos un poco en el futuro estudio de aquellos sucesos, y veremos en aquel momento, cuando todavía no habíamos nacido, el germen de lo que luego fué desgraciada e inconsulta anexión a España.

En el año mil ochocientos cuarenta y tres, derrocado ya del poder el Presidente Boyer, estaban en Puerto Príncipe, en calidad de diputados, por Santo Domingo, los señores Buenaventura Báez, Manuel María Valencia, Juan Nepomuceno Tejera, Francisco Javier Abreu, Remigio del Castillo, Pablo López Villanueva y otros quienes, independientemente de Duarte y sus compañeros, trabajaban en el sentido de deshacerse del yugo haitiano, a cambio del protectorado francés, o de la cesión pura y simple del territorio dominicano a Francia.

Para entonces, era cónsul francés en Haití Mr. Levasseur, y estaban presentes también en Haití Mr. Adolfo Barrot, en una misión especial, y el Almirante Mosges, comandante en Jefe de las fuerzas navales francesas de las Antillas, personajes con quienes se entendían directamente los dominicanos que aspiraban al protectorado francés o a la anexión a Francia.

Los trabajos anexionistas de Báez y sus compañeros recibieron un gran aliento con la llegada del

cónsul francés Mr. Jechereau de Saint Denis, designado para El Cabo, quien, debido a una estratagema de los franceses fué trasladado a Santo Domingo, porque el terremoto de 1842 había destruído casi totalmente aquella ciudad.

En este momento, concertados ya definitivamente Báez y el Almirante Mosges, quien sólo esperaba instrucciones que había pedido a su gobierno casi en vías de ejecución el Plan de Levasseur, sufría aguda crisis el ideal revolucionario: Duarte, ausente, acosado por la persecución encarnizada de los haitianos; Sánchez enfermo, y oculto; Mella, Bonilla, Valverde y muchos más, presos en Haití, por denuncia que hiciera "La Chicharra", libelo que tenía el Gobierno a su disposición; todo hacía pensar entonces, que la causa separatista estaba a punto de fracasar definitivamente.

Estos acontecimientos se sucedieron en la segunda mitad del año mil ochocientos cuarenta y tres. La situación política de la isla, y especialmente de Santo Domingo, para esa época, era muy agitada y se manifestaba muy compleja. Las dos tendencias, que separaban y enfrentaban a los hombres dirigentes de la política, marchaban por muy opuestos caminos a la consecución definitiva de sus propósitos. La encarnizada oposición que los afrancesados hacían al proyecto generoso de Duarte, llegó a comprometer muy seriamente el éxito de la revolución.

Está rigurosamente comprobado, según lo expresa el articulista de "El Teléfono", quien parece que entonces tenía a la mano documentos de la época, la versión de que, una vez triunfante el movimiento de la Reforma, Duarte, ansioso de unificar la mente y la acción de todos los dominicanos prestantes de la época, convocó un grupo de personalidades, para una reunión que se celebrará en la casa de Don José Díez y en la cual les expondría el Maestro su proyecto de emancipación y los medios de realizarlo; a esta reunión concurrieron varios elementos de la escuela adversa a Duarte, quienes no sólo no ofrecieron su concurso para la obra de la Separación, sino que correspondieron a la noble invitación "con una acción vituperable, nada menos que con la denuncia clara y descarnada de todos sus planes, acompañada de la indicación de los individuos principales que estaban comprometidos a realizarlos".

El observador sagaz echará de ver en todo esto que el movimiento revolucionario de los trinitarios necesitó defenderse con mayor energía y audacia de las maniobras de los ataques de los afrancesados que de la propia iniciativa haitiana.



También se echará de ver que, el elemento haitiano estaba manejado antojadizamente por los enemigos de Duarte, quienes hacían uso de aquel elemento para combatir a los radicales dominicanos, combatiendo así, a conciencia plena, la separación pura y simple de Haití, en defensa de un interesado propósito de anexión a Francia. Eran directores principales de aquel cuadro de combinaciones, Báez abiertamente y Bobadilla entre bastidores.

Llegó un momento en que se vieron tan avanzados los trabajos de Báez y sus compañeros con el Cónsul Levasseur y el Almirante Mosges, que, ante el inminente peligro de que esos trabajos llegaran a tener éxito, los trinitarios decidieron precipitar los acontecimientos, asegurando el triunfo de su causa al amparo de un golpe de audacia; si el pronunciamiento del 27 de Febrero no revistió los caracteres de preparación y madurez que una medida de esa naturaleza requería, se debió indudablemente, a la necesidad en que se vieron los directores del movimiento de hacer fracasar los propósitos y los trabajos de Levasseur y los dominicanos afrancesados.

Esta lucha azarosa, sostenida a un mismo tiempo contra elementos de carácter tan distinto, como eran entonces la política oficial haitiana y la política torcida y tendenciosa de Levasseur y sus acólitos dominicanos, es lo que, a todas luces, magnifica la labor trinitaria, porque, la fuerza y la rectitud de esa labor sufrieron todo género de pruebas y pasaron a través de todas las vicisitudes imaginables, antes de concretarse en una obra real y duradera. El ideal revolucionario puro, antes de culminar gloriosamente en 1844, sufrió un desarrollo de tal modo violento, que, algunos meses antes del 27 de Febrero, muy pocas personas tenían fe absoluta en el éxito de las ideas radicales.

Nuestro medio ambiente manifestaba tan absoluta carencia de sentido nacionalista, que, fuerza le era sentirse ajeno a la corriente avanzadísima que indicaba para entonces el ideal trinitario. No podían imperar esas ideas, definitivamente, en un medio que distaba de ellas por lo menos un siglo de atraso. "Un pueblo que ha vivido en la atmósfera de la inmoralidad y la injusticia, que está inficionado de vicios, de errores fundamentales, que no conoce más prácticas gubernativas que las que en esta tierra han podido perdurar, las de la tiranía; que está revuelto siempre por ideales subversivos...". "Un pueblo que carece en absoluto de tradición aprovechable y de educación" no puede convertirse "de un día a otro, surjiendo de la sombra de la noche todo estropeado, harapiento, con el rostro pálido y demacrado a la mañana

deliciosa de un despertar inesperado", no puede convertirse "en un pueblo adulto, robusto y sano, lleno de vigor moral, con ideas justas, con nobles propósitos, con hábitos sociales y políticos, que le permitan dar, en su nuevo género de vida la misma notación de los pueblos que como Suiza, Inglaterra y los Estados Unidos de América, no sólo necesitaron siglos para llegar ahí, sino que contaban con elementos étnicos superiores, por una preparación y una adaptación lenta y natural al medio geográfico y al medio internacional".

Un pueblo que acaba de atravesar períodos históricos tan deprimentes como el período de la España boba, y el período de la dominación haitiana, un pueblo que no había dejado de tener amos en ningún momento de su vida, forzosamente debía dar preferencia a las ideas anexionistas de Báez y de Bobadilla, para quienes el ideal trinitario no era sino la obra desmedrada y risible de un grupo de ilusos.

Si es verdad que el triunfo de los trinitarios fué aplastante y que, momentáneamente, en la noche del 27 de Febrero lograron imponer sus ideas proclamando la separación absoluta de Haití y la constitución de la República Dominicana como estado independiente, dueña de sí, y de su propio gobierno y destino, no es menos cierto también, que la efímera y fugaz expresión de ese triunfo no fué sino la obra providencial de las circunstancias, y que, tan pronto como los enemigos acérrimos del febrerismo se dieron cuenta de que el chispazo audaz y juvenil del 27 de Febrero tendría consecuencias definitivas, al amparo de las circunstancias imprevistas del momento, malograron en su cuna la viabilidad de ese movimiento imprimiéndole, con el solo hecho de tomar parte en su realización, el sello inconfundible del pesimismo, de bajo sentimiento práctico, de falta de fe en los altos dictados de preservación nacional, que caracterizó desde antes al bando de los descreídos. Ya veremos como el desarrollo de los acontecimientos subsiguientes al 27 de Febrero, comenzando con la constitución de la Junta Central Gubernativa, hasta la propia anexión a España, llevan impreso el carácter escéptico y claudicante de los hombres que fueron como Bobadilla, el alma propulsora de aquella época nefasta, "la época de los grandes desatinos del primer período de la República, época de fusilamientos y ostracismos, de incabables agravios al patriotismo, de rivalidades y sacrificios".

Estudiando detenidamente el verdadero sentido de aquellos sucesos y de aquella época, hemos llegado a la conclusión de que, el triunfo del 27 de Febrero, el triunfo de los trinitarios, fué el triunfo de las ideas



reaccionarias, y que la democracia y el buen gobierno, no derivaron de aquel acontecimiento ningún impulso generoso, ningún avance atendible. Consecuencia dolorosa de las condiciones sociales, étnicas y políticas del pueblo dominicano, que no estuvo preparado entonces, para vivir y adelantar la corriente de innovación y de nacionalismo, que atesoraba la grandiosa concepción del Maestro, de Duarte, la única figura excelsa de nuestra emancipación política.

Los directores del movimiento radicalista, a fines del año mil ochocientos cuarenta y tres, en el mes de Diciembre, tuvieron conocimiento de que, para el mes de Abril del año entrante, mil ochocientos cuarenta y cuatro, se pondrían en ejecución los planes de Báez y de Levasseur. Esta circunstancia de graves proporciones, hizo pensar a los trinitarios en promover cuanto antes un pronunciamiento y "declarar la parte del Este, Estado libre e Independiente", Este movimiento por sus consecuencias políticas, constituye el más importante y fecundo período de la historia política de la República Dominicana.

El año mil ochocientos cuarenta y tres, especialmente en su segunda mitad, fué de mucho movimiento para los conjurados. Tanto para los trinitarios como para los afrancesados. De tal modo fué así que, por razones muy atendibles, no se dió el grito de libertad en el mes de Diciembre de ese año.

Para esa fecha estaban ya definitivamente constituidos los partidos políticos que mayor arraigo tuvieron en la Primera República. Es evidente que en ese período de nuestra vida política se perfilaron dos tendencias, se opusieron dos sistemas, que, más o menos transformados, más o menos cubiertos han perdurado, en todo el curso de nuestra vida social.

Hubo entonces lucha de principios, choque de tendencias; las ideas tuvieron su imperio, efímero, es verdad, pero elocuente, digno, esforzado. Después de ese momento, después de esa lucha, que fué a muerte, después de la caída estrepitosa de los febreristas, después del fracaso lastimoso del ideal trinitario, expresado en el fracaso de Duarte; después de eso, no ha habido en Santo Domingo, un duelo tan tremendo, una corriente de civismo tan intensa como aquélla; el gesto inmaculado de Duarte, al caer, no ha sido superado en ningún momento. Es único. Se sacrificó, en toda la extensión del sacrificio, a la idea, la salvó definitivamente, inmolándose en su holocausto. Si Duarte no se resigna vencido, si no renuncia a sí mismo, a sus aspiraciones, a sus ambiciones, a su propia personalidad; hubiera sacrificado el Ideal y oscurecido su Apostolado. Un momento de debilidad del Maestro en el seno de la Junta Central Gu-

bernativa, cuando ésta concluyó formalmente con Francia la cuestión de la bahía de Samaná, hubiera comprometido definitivamente la suerte de la República. Un momento de ambición o de egoísmo, cuando su nombre fué lanzado a la arena de las ambiciones políticas, proclamándolo Mella y Villanueva en el Cibao, como presidente de la República; un momento de indecisión, de aturdimiento entonces, hubiera comprometido la fuerza y la elevación de su ideal purísimo. El pueblo dominicano no estaba preparado para comprender y consagrar ese ideal, los hechos comprobaron esa verdad en menos de tres meses. Sin embargo, el ideal se salvó porque Duarte, gran corazón y gran pensamiento, supo vivir para el ideal; porque Duarte supo morir para que su muerte diera aliento supremo al apostolado de su vida. Tal fué la misión de aquel gran hombre: sacrificarse a su concepción.

Los dos partidos, intransigentes y afrancesados, sufrieron la inevitable influencia del personalismo. Los hombres no dejaron de imperar, y aunque había fundamental división de ideas y de tendencias, no pudieron éstas imponerse al pueblo por la sola virtualidad de su existencia, sino que necesitaron para consagrarse en el ambiente, de la directa y personal influencia de los hombres. Así vemos cómo, aquellos dos partidos, que sostenían propósitos tan diversos, y que en realidad vivían para dos principios determinados, no pudieron perpetuarse con denominaciones apropiadas a sus tendencias, sino con el nombre de los hombres que estaban a la cabeza de ellos. Hubo partido *Duartista* y partido *Santanista*. Imperaban los hombres, aun en el caso en que hubiera ideas en el palenque de los públicos hechos. Este fenómeno se produjo aun antes de constituida la República, cuando sólo se hacía política de conjuración.

Después de una larga e insistente persecución de parte de los haitianos y los dominicanos enemigos de sus ideas políticas, el día dos de Agosto del año mil ochocientos cuarenta y tres, Duarte tuvo que abandonar el país, aconsejado y asesorado por sus mismos compañeros, quienes veían en la posible y casi inminente captura del Maestro, el fracaso de las ideas separatistas.

La ausencia de Duarte tiene una gran significación en el proceso de los últimos acontecimientos. En el momento culminante faltó la dirección inspirada, la mente creadora, el consejo iluminado. Después de la salida de Duarte, se inicia, progresivamente, la decadencia del ideal radicalista, hasta parecer a raíz de hecha la separación, en la punta ensangrentada de la espada del hatero seibano.



En aquella época eran muy escasas y muy dilatadas las vías de comunicación con el extranjero, de ese modo, pues, Duarte desde Venezuela, no podía dirigir principalmente la revolución, a pesar de que no desmayó ni un solo momento en su empeño, ni escatimó contingentes ni sacrificios en bien de la causa. No hubo una estrecha armonía en la acción; lejos Duarte del país, la concepción trinitaria comenzó a sentir la influencia negativa de Bobadilla quien llegó a ejercer decidido imperio sobre los acontecimientos. De tal modo influyó este hombre, quien días antes había estado al lado de los haitianos, que, en el manifiesto lanzado al país por los conjurados para dar a conocer las razones de la separación de Haití, fechado en 16 de Enero de mil ochocientos cuarenta y cuatro, escrito seguramente por la mano de Bobadilla, llegaron a expresarse las ideas y los propósitos de los afrancesados.

En el mes de Setiembre, el día 10, celebró Duarte una reunión en Caracas, en la casa de su tío J. P. Díez, con el propósito de ordenar los trabajos y dar una orientación adecuada a sus labores revolucionarias. Se determinó en esa reunión "que los señores Juan Isidro Pérez y Pedro Alejandro Pina partieran a Curazao en donde podían ellos ponerse en relaciones con nuestros amigos de Santo Domingo y poner en su conocimiento nuestros planes, y al mismo tiempo pedir informes sobre el estado en que se hallaba nuestra grande empresa". De modo pues que, todavía a mediados de Setiembre no había tenido Duarte noticia ninguna del estado en que se hallaban los trabajos. Este estado se prolongó seguramente hasta el día quince de Diciembre fecha en que recibió comunicación de Sánchez y Vicente Celestino Duarte, dándole informes, muy escasos, de la labor realizada durante cinco meses.

En esta carta además, se hablaba de precipitar los sucesos, por temor de *la audacia de un tercer partido*. La circunstancia de que, la carta en referencia, llegara a su destino con un manifiesto retraso impidió tal vez que el grito de separación se diera en el mes de Diciembre del año mil ochocientos cuarenta y tres. Decimos tal vez, porque, no acertamos a comprender, hasta qué punto estaban desconcertados unos de otros los directores del movimiento. Es decir lo ignorante que estaban unos y otros, de la situación porque respectivamente atravesaban. Con efecto, en la carta comentada, dicen Sánchez y Vicente Celestino: "Después de tu salida, todas las circunstancias han sido favorables, de modo que sólo nos ha faltado combinación para haber dado el golpe. A esta fecha los negocios están en el mismo estado que tú los de-

jaste; por lo que te pedimos así sea a costa de una estrella del cielo, los efectos siguientes: 2000 ó 1000 ó 500 fusiles, a lo menos; 4000 cartuchos; 2 y medio ó 3 quintales de plomo; 500 lanzas o las que puedas conseguir. En conclusión: lo esencial es un auxilio por pequeño que sea, pues este es el dictámen de la mayor parte de los encabezados"; luego, en otro párrafo de la misma carta le decían: "procurando si fuere posible, comunicarlo a Santo Domingo, para ir a esperarte a la costa el 9 de Diciembre ó antes etc.". Se le pedía a Duarte, desterrado, desprovisto de dinero aun para atender a sus necesidades personales, perseguido por sus enemigos, para que lo obtuviera en el escaso tiempo de diez o quince días, el contingente de mucho tiempo, de muchas y muy buenas relaciones, de mucho dinero y de mucho conocimiento de los hombres y de la vida. Se le pedía a Duarte, joven, advenedizo en Venezuela, desconocido, oscuro, lo imposible, lo que muchos, en mejores condiciones que él, no hubieran podido conseguir. El fracaso del Maestro en esas diligencias fué aplastante. Rosa Duarte, su ingénua biógrafa, en el documento tantas veces citado así lo expresa: "su estadía en Caracas era ver si podía ayegar recursos con que proporcionarse pertrechos y armamentos, para poder libertar su patria, para cuyo efecto solicitó por medios de la Respectable Sra. Dn. María Ruiz, su compatriota, una audiencia del honorable Sr. General Carlos Soublette el que me recibió con la cortesía y afabilidad que le eran naturales. El acojió de la manera más digna mi noble propósito, me ofreció su cooperación en todo lo que estuviera a su alcance. . . ofrecimiento que no pasó de palabras. Mi intención no es culpar al esclarecido patriota, culpo tan sólo al destino (como vulgarmente se dice) los insuperables obstáculos que en mi patria se oponían a mis pasos, me siguieron al destierro haciendo todos mis esfuerzos infructuosos". Aún cuando la carta de Sánchez y Vicente Celestino, hubiese llegado oportunamente a manos del Maestro, admitiendo que, despachada esa carta de Santo Domingo el día 15 de Noviembre, pudiera llegar a manos de Duarte, a tiempo de que éste el "9 de Diciembre o antes", estuviera en las costas de Santo Domingo, con un convoy a bordo, admitiendo eso, tendríamos que aceptar que aun así, contando con la ayuda de Duarte, con la ayuda que le pedían los conjurados en la carta del quince de Noviembre, no hubiera podido, en modo alguno, realizarse el pronunciamiento; sencillamente, porque le habían pedido lo imposible; lo que no podía dar. Ahora bien, es posible pensar, que, esa petición, ese encarecimiento, esa premura con que se intimaba a Duarte, fuera la obra aviesa de sus enemigos, de los enemigos de la separación absoluta; muy posiblemente, eso que Sánchez y Vicente



Celestino, de buena fe, llamaban "el dictamen de la mayor parte de los encabezados" era la influencia de Bobadilla, "encabezado" ya e interesado en desacreditar a Duarte, en restarle la confianza y el respeto de sus amigos, y en comprometer el éxito de la labor radicalista. Todo es posible tratándose de hombres como los que siempre tuvo Duarte de frente. En singular contraste con la carta en comentario, escribía el prócer Juan Isidro Pérez, desde Curazao y en 27 de Noviembre del mismo año, a José Patín y Prudencio Díez "En conformidad con lo que les diga Freites, que es el conductor de ésta, espero que Uds. venderán sus relojes, Juan Pablo el suyo y su cadena, mi paisano Mariano las hebillas de sus breteles, pudiendo contribuir con mas, a fin de que no deje Juan Pablo, por falta de dinero, de marcharse inmediatamente a verse con su familia; así lo exige el honor". Cómo andaban las cosas y los hombres de la revolución! mientras desde Santo Domingo, pedían a Duarte casi una fortuna, Pérez, compañero cercano del Maestro, iniciaba una colecta entre sus amigos para prepararle un viaje que lo acercara al padre moribundo deseoso de ver por última vez al hijo predilecto!

Nuestra sujestión no carece de fundamento, toda vez que tanto Sánchez, amigo íntimo de Duarte y de su familia, como Vicente Celestino, hermano del Maestro, conocían a fondo la situación de éste y debían tener la absoluta seguridad de que la ayuda pedida no podía obtenerla Duarte, sino con sus propios recursos, los cuales estaban en Santo Domingo, y eran escasos. Además, ya para mediados de Noviembre, seguramente estaban iniciados en los trabajos trinitarios, Bobadilla, Mercenario, Cabral Bernal, Moreno, Echavarría y otros, los futuros perseguidores de Duarte, afrancesados conocidos, y figuras prominentes del anexionismo. Esas personas, la probable "mayor parte de los encabezados" de que hablan Sánchez y Vicente Celestino, firman todos en lugar preferente, la manifestación de los pueblos del Este sobre las causas de la Separación, la cual manifestación está suscrita en primer término por Bobadilla.

Detengámonos un poco en la observación y en el estudio de este momento, para llegar forzosamente a la conclusión de que, el triunfo del 27 de Febrero fué un triunfo indiscutible del partido anexionista, un triunfo de las ideas reaccionarias, de las tendencias que desde la Reforma, contrarrestaban y perseguían los trabajos de la Trinitaria y la Filantrópica.

Este fenómeno lo produjo principalmente la ausencia de Duarte, quien se vió en la necesidad de abandonar el país, acosado mas bien por sus enemigos dominicanos, viles y descarados manejadores de la

influencia haitiana, que por la determinación del gobierno exótico. Para la realización de los planes y las miras de los afrancesados, era un grande inconveniente la presencia de Duarte en el teatro de los acontecimientos. El prestigio del Maestro, sus arraigos en nuestra sociedad, su posición económica, eran motivos seguros de recelos y de temores de parte de los enemigos de la revolución, por eso desplegaron todas sus actividades en miras de alejarlo del país; es una verdad histórica el hecho de que hicieron mas daños a la revolución los manejos de las intrigas de los dominicanos que los mismos haitianos, quienes estuvieron casi ajenos al móvil y enseñanzas de los trinitarios.

Una profunda observación política nos permitirá determinar el cambio radical que acordó a los acontecimientos y a los trabajos separatistas, la circunstancia de que los afrancesados, los enemigos de la revolución, lograran alejar del país al hombre que había incubado y dirigido el movimiento radical.

Si aceptamos como forzoso resultado de serias investigaciones históricas, el hecho de que, enconadas pasiones partidaristas, innobles combinaciones bastardas de sus enemigos políticos, produjeron la ausencia de Duarte, es preciso determinar ahora, a la luz de hechos y acontecimientos posteriores a aquel suceso, cuales fueron las consecuencias y cuales fueron las ventajas que derivaron los afrancesados de aquellas funestas estratajemas, cual fué el cambio casi fundamental que operó en el curso de los trabajos revolucionarios; por qué este cambio alteró el significado y el propósito de la revolución iniciada por los trinitarios, y porqué finalmente, el triunfo del movimiento separatista, fué el triunfo de las ideas reaccionarias y conservadoras de los enemigos de Duarte y de sus compañeros de acción.

Hasta ahora, el verdadero significado de los hechos históricos que sucedieron antes del 27 de Febrero, ha permanecido ignorado de la mayoría de los dominicanos, y muy pocos historiadores se han detenido ante esos hechos para desentrañar de su razón filosófica el verdadero sentido científico de la historia política de aquel período.

La unidad en la acción y en el pensamiento, la necesaria centralización que requiere toda labor revolucionaria, se perdió desde que Duarte, forzado a ello, tuvo que abandonar el teatro de los acontecimientos; desde ese momento quedaba el movimiento separatista a merced de la influencia poderosa y de la posición eminente de los afrancesados. Con efecto, traspasada la dirección del movimiento, una vez ausente el Maestro, a manos de la figura más sobre-



saliente y de mayores simpatías en el ambiente, que lo era indiscutiblemente Sánchez, el intrépido y denodado amigo de Duarte, no pudo aquel, sin embargo, impedir que las voluntades torcidas y los manejos solapados, fueran poco a poco incautándose de los destinos de la revolución, y llegaran, en un momento dado, a manejar, de hecho, los trabajos y los propósitos trinitarios, haciéndolos fácil instrumento de aspiraciones impuras.

Veamos en primer término, para comprobar nuestras tesis, el sistema de gobierno que escogieron los directores del movimiento, antes del pronunciamiento, para la futura República Dominicana.

“Dividido el territorio de República Dominicana en cuatro provincias, a saber: Santo Domingo, Santiago o Cibao, Azua, desde el límite hasta Ocoa y Seybo, se compondrá el gobierno de un cierto número de ellas para que así participen proporcionalmente de su soberanía”.

“El Gobierno Provisional se compondrá de una junta compuesta de once miembros electos en el mismo orden. Esta junta reasumirá en sí todos los poderes hasta que se forme la constitución del Estado, y determinará el medio que juzgue más conveniente para mantener la libertad adquirida, y llamará por último a uno de los más distinguidos patriotas al mando en jefe del ejército que deba proteger nuestros límites agregándoles los subalternos que necesiten etc.”.

Desde ese momento, antes de estar constituida la República, estaban determinados los acontecimientos que se sucederían, una vez que triunfara la Revolución.

Con efecto, el sistema de gobierno provisional adoptado por los conjurados, cuando la conjuración hubiera estado en manos de quienes la iniciaron en el año 1838, sólo hubiera tenido como resultado poner el gobierno de la República en manos de quienes lo hubieran consagrado a la democracia y a los buenos principios; pero, ese sistema, ideado seguramente por quienes tenían ya miras ulteriores o intereses creados a la sombra de la revolución, constituía un indiscutible peligro para la suerte de la República, porque, en el estado en que estaban las cosas, teniendo mayoría en el elemento dirigente los hombres que sustentaban ideas conservadoras, significaba aquel gobierno provisional, la centralización absoluta de los destinos de la República en manos de Bobadilla y sus acólitos.

Veremos después cómo confirman los hechos esta apreciación.

En cuanto a que fueran los afrancesados quienes iniciaron esta política, no hay duda ninguna, el mismo Báez lo ha dicho: ‘Es cierto que no tuve parte en la combinación que dió por resultado el pronunciamiento del 27 de Febrero, y que dudé del éxito de aquella empresa, hasta el extremo de temer que hiciera abortar los planes en que teníamos otros mayor fe; pero luego que vi la resolución de mis conciudadanos, me uní a ellos y les merecí la confianza de ser nombrado consejero del general Santana con cuyo carácter asistí a la batalla de Azua’.

Algunos meses antes de la salida de Duarte, según reza una muy atendida versión histórica, en la reunión que promovió éste en casa de Don José Díez, con el propósito de aunar voluntades y elementos disidentes en bien de los trabajos revolucionarios, los afrancesados, enemigos de la tendencia radicalista no pudieron ni quisieron llegar a un acuerdo con el Maestro, y sin pararse ahí, denunciaron al General Hérard Ainé, los planes y proyectos de los trinitarios; sin embargo, poco tiempo después, alejado Duarte del país por intrigas malsanas de ese mismo elemento disidente, con fines no bien determinados todavía, los representantes mas caracterizados de la tendencia retrógrada entraban en relaciones íntimas con los radicales que habían quedado al frente del movimiento separatista y llegaban casi a desplazarlos de esa dirección, sin que por ello dejaran de pensar en cuanto a política, del modo como lo habían hecho siempre.

La buena fe y la sinceridad indiscutible de los trinitarios no podían vislumbrar en los manejos interesados de sus enemigos los acontecimientos desgraciados que se sucedieron en contra de los padres de la revolución, en Julio del año 1844, pero la crítica política si ha de ver la razón íntima y el origen de aquellos hechos.

Ya en Enero del año 1844, los afrancesados tenían plenamente desarrollados su plan de acción. En el primer documento oficial de la Revolución, en el acta de independencia, se ven esbozados los acontecimientos que sucedieron al 27 de Febrero, y están condensados en un solo párrafo, las ideas conservadoras y los anhelos anexionistas de los afrancesados: “Nuestra causa es santa: no nos faltarán recursos o más de los que tenemos en nuestro propio suelo, porque si fuera necesario, empleamos los que nos podrían facilitar en tal caso, los extranjeros”. Duarte no hubiera escrito ni firmado este párrafo, lo demostró luego.

El sistema de gobierno provisional, caprichoso y advenedizo, creado por este manifiesto y la facultad



de poder llamar "a uno de los más distinguidos patriotas al mando en Jefe del ejército que deba proteger nuestros límites" era, indiscutiblemente un inteligente ardid de los afrancesados, seguramente un ardid de Bobadilla, porque así: cuando contaran los conservadores con mayoría en la futura junta de gobierno, podían centralizar en manos de una sola persona de su elección, la dirección del naciente Estado. En las circunstancias en que nació la República, tener el mando del ejército, era tener la dirección de los asuntos políticos, era tener la dirección del país. Ahora bien, ya en Enero del año 1844 los afrancesados podían contar con una mayoría en la Junta Central Gubernativa, porque entre las personas que firman el acta de independencia figuran, entre los de primera línea, entre los que mas tarde irían a constituir la Junta, mas elementos conservadores que radicales, hasta el punto de que, tanto por la expresión de las ideas como por la expresión numérica, apa-

recen los trinitarios en segundo término. ¡Cuánto desinterés y qué bello ejemplo de abnegación!

La política de los afrancesados, hábilmente manejada, había llegado a un perfecto grado de madurez, interesada en alejar a Duarte, hizo todo cuanto pudo por lograrlo, convencida además de que no podría realizar sus propósitos de anexión frente a las labores de los trinitarios, se dispuso debilitar el espíritu de resistencia que manifestaba la política separatista de Duarte, y concibiendo el propósito de aunarse con sus enemigos, lograron manejar las tendencias revolucionarias, y ponerla al alcance de sus ideales políticos, haciendo de la organización política provisional que recibiría el futuro Estado Dominicano un medio fácil, un instrumento favorable, para poder manejarlo a su antojo e imprimirle, en su organización definitiva, el sello inconfundible de su credo político: desconcertante y baja aspiración de anexionistas y vendimiadores.

Cartas de M. A. Peña Batlle

No obstante el carácter íntimo de estas cartas de Peña Batlle —en que junto a la grave exposición de sus ideas hay frases y giros humorísticos, puramente personales y amistosos— se dan a la imprenta porque ellas revelan, tal vez mejor que sus demás escritos, sus inquietudes intelectuales, la firmeza de sus opiniones en materia de historia, su nobleza de espíritu y esa peculiar manera de ser que le conquistó tantas simpatías entre los que tuvimos el privilegio de tratarle en la intimidad. (Muy a nuestro pesar hemos debido omitir algunas de sus esquelas, así como algunos párrafos, de las presentes cartas, ajenos al carácter de esta revista).

Esta correspondencia del ilustre ensayista aclara y amplía algunos conceptos suyos vertidos en sus últimos libros y define ostensiblemente su sensata posición ante la discutida personalidad de Pedro Santana. En vez de lo que él llamaba "inocua trilogía", Duarte, Sánchez y Mella, propugnaba por el "binomio sustancial", Duarte y Santana.

Para la incomprensión de siempre quizás sea pecado la publicación de estas misivas deleitosas —escritas sin el más remoto pensamiento de que pudieran salir a la luz— pero, ¿de qué

otro modo podríamos retrotraer al desaparecido, acercarlo más a nosotros y a la vida que acaba de abandonar?

Para los que estuvimos cerca de él, estas cartas son algo así como una resurrección.

(E. R. D.)

I

The Chalfonte,
New York, Nov. 26, 1941.

Mi querido Emilio:

Pocos días después de mi llegada a ésta, recibí una carta de Mr. Pattee, jefe interino de la Sección de Relaciones Culturales del Departamento de Estado, invitándome a ir a Washington. En la carta me dijo que la noticia de mi viaje se la habías transmitido tú. Contesté diciéndole que el objeto principal de mi viaje a los Estados Unidos era de salud y que, por lo tanto, nada podía resolver antes de terminar las consultas médicas a que estaba sujeto, que una vez que la salud me lo permitiera haría todo lo posible por ir a Washington en atención a su invitación.

Mucho te agradezco el cuidado que en interés mío te tomaste y si me es posible iré a la Capital de